



[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

*La niña de La Loma*

© Del texto, 2022: Gerardo Meneses

© De las ilustraciones, 2023: Elizabeth Builes

© De esta edición:

2023, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

ISBN: 978-628-7520-96-7

Impreso en Colombia

Impreso por Carvajal Soluciones de Comunicación S.A.S.

Primera edición: noviembre de 2023

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# La niña de La Loma

Gerardo Meneses



loqueleo



—¿Qué tendrá La Loma que es tan lindo? 7

—le pregunté a papá cuando la camioneta giró a la derecha y desde la carretera vimos el pueblo a lo lejos en medio de las montañas.

—Ay, nenita, apenas vamos saliendo y ya lo extrañas —sonrió él.

—Sí —le respondí acariciándole el cabello.

Papá decidió que ese diciembre lo pasaríamos con los abuelos. Yo no me opuse, hacía ya casi un año que no los veíamos, desde la muerte de mamá y tía Melina. Y desde que él le pidió al Ministerio un puesto como médico general en un pueblo, lejos de todo.

8 Ya casi era Navidad y la abuela era la más ilusionada con mi regreso. Bueno, el abuelo gruñón también. Pero lo que yo más anhelaba era encontrarme con Brenda, Cata, María y Lina, mis amigas del cole, para contarles cómo era vivir en La Loma, para burlarnos del encierro del Santa Clara. Es que en mi escuela no hay rejas, solo un cerquito de guadua, y en el recreo me voy con Luz Marina o con Fabián hasta la casa a tomar onces; se van a morir de la risa cuando les cuente. Para hablarles del río, de la casa con solar que papá alquiló, de mis nuevas amigas, del profesor Julián. Y de Fabián.

Con ninguna había vuelto a hablar; desde que nos fuimos de Bogotá no volvimos a tener celular, y como en la casa hay un teléfono fijo, con ese nos comunicábamos con los abuelos. Una tarde que estaba aburrida

le marqué a Brenda, pero nadie contestó. Insistí y tampoco respondió. Otro día que estábamos con Zoraida, llamamos a María José, pero la que contestó fue la señora del servicio y ya no quise volver a llamar.

Papá puso la radio y un locutor alegraba la mañana con música de diciembre —como decía él—, le subí el volumen y cantamos juntos. Al tomar la carretera principal volví a ver los pueblos de la primera vez, cuando recién llegamos. Me gustaban mucho las calles pequeñas y las casas de teja de barro. Papá decía que yo tenía los mismos gustos de mi mamá, que cuando le daba por ser fotógrafa no había quién la aguantara.

El verde del pasto y el niño que arrea-  
ba el ganado que bajaba por la ladera me  
hizo acordar de Fabián. ¡La cara que pondrá  
cuando destape el regalo que le dejé con su  
mamá! Ya no tendrá que gastarse la plata de



su trabajo en el carro a control remoto que tanto anhelaba.

Fabián es muy lindo. Es mi mejor amigo en la escuela. Y en La Loma. Y es mi compañero de trabajo en la tienda de don Antonio. Me gusta mucho cuando montamos en su bici y andamos por el pueblo, muertos de risa, ya casi a punto de caernos. La bicicleta de Fabián está tan destartalada que escasamente puede con él. Y en esa bici es que él reparte los mercados los sábados.

11

—¿De qué te ríes? —me preguntó papá.

—De nada —respondí apenada cuando me descubrió.

—¿De qué te ríes con esa risa de ratón huérfano?

—Ja, ja, ja, ratón huérfano tú.

—¿De qué te reías?

—De Fabián —respondí sincera—. Le compré un regalo de Navidad y me estaba

imaginando la cara que va a poner cuando lo destape.

—El carrito a control remoto.

—¿Cómo sabes?

—Vi cuando el señor de la cacharrería lo sacó de la vitrina.

12 —Me estabas espiando...

—Te estaba esperando en la camioneta.  
Y sí, Fabián se va a poner feliz.

—¿Sabes que Fabián no tiene papá?

—No, pero lo imaginé. A mi consulta llegan muchas mamás como la de él.

—El día que lloré leyendo la narración sobre mi mamá, él se acercó y me dijo que no estuviera triste, que él no tenía papá y que eso no lo hacía llorar.

—Buen punto —exclamó papá sonriendo.

—No. Pero igual cuando estoy triste y me acuerdo de ella la recuerdo bonito.

—¿Y cómo es recordarla bonito? —sonrió papá.

—Así —dije riendo—, hablando de ella cuando hablo contigo, por ejemplo.

Papá me miró, tomó mi mano y le dio un beso. No dijo nada. No era necesario. La mañana era clara y el sol resplandecía en la carretera. Luego del mediodía llegamos a la ciudad donde hace unos meses nos habíamos quedado el día que salimos de Bogotá. Papá se detuvo en la estación de gasolina, le preguntó algo al vendedor y este le dio indicaciones para ir al malecón del río a almorzar.

—Él también habla cantadito —le dije sonriendo a papá.

Por todas las calles había bombillos de colores, serpentinas y arreglos de Navidad. Era una fiesta, y eso me gustó, pero la ciudad, toda, parecía dormir la siesta.

14 El calor no me dejó almorzar, comí un par de cosas del plato de mi papá y me tomé toda la limonada con hielo que nos sirvieron. Caminamos un poco por el centro y luego volvimos a la carretera. No quería que lo notara, pero la emoción del viaje no era tanto por el regreso a Bogotá sino por el recuerdo de La Loma, ya lo estaba extrañando. Era cierto.

—¿Y Gloria? —le pregunté luego de un largo silencio.

—¿Quién? —preguntó también él, un tanto desconcertado.

—Tu amiga, la veterinaria.

—Ah, bien; supongo.

—¿La vas a extrañar?

—No sé. Quizá sí.

—¿Son novios?

—¡Isa!

—¿Dime?

—Se te ocurre cada cosa.

—Dice Fabián que sí.

—¿Cómo?

—No me contestaste. ¿Son novios? Porque yo ya le conté a mamá.

—Isabel, la doctora Gloria es una colega del hospital. 15

—Una colega que te lleva pan recién horneado y a la que tú le das chocolates de regalo.

—Oye, ¿de cuándo acá tú con eso?

—Solo quería saber.

—Tu mamá es irremplazable, lo sabes —me dijo ahora en tono grave—. Por ahora no tengo ningún interés en nadie. Gloria es una amiga, nada más.

—Humm...

—¿Humm, qué?

—A mi mamá la idea no le disgustó.

—No metas a tu mamá en esto —exclamó con seriedad.

16 Era la primera vez que hablaba con él de la doctora Gloria y su respuesta, no sé por qué, me alivió. Yo no le había contado nada a mamá; dije eso solo para fastidiarlo, para tenerle una respuesta a Fabián la próxima vez que me preguntara lo mismo. Con mamá hablaba todas las noches cuando le rezaba la oración al ángel de la guarda, antes de irme a dormir. Pero eso de Gloria y papá no se lo había dicho.

—¿Vamos a ir a patinar en el hielo?  
—dije ahora emocionada, cambiando de tema.

—Vamos a ir a patinar sobre hielo —respondió subiéndole el volumen a la radio.

—¿Y a cine con los abuelos?

—Y a cine.

—¿Y a comer cajita feliz con los abuelos?

—Y a comer cajita feliz.

—¿Y a comprar regalos en el centro comercial con los abuelos?

—Y a comprar... Oye, tú no vas a extrañar La Loma —se burló con una carcajada—. Tú lo que vas a hacer es explotar a tus pobres abuelos.

17

—Ventajas de ser su única nieta —me burlé también.

—¿Única? ¿Y dónde dejas a Franz?

—Franz vive tan lejos que ni se acordarán de que tienen otro nieto.

Al final de la tarde la neblina casi no nos dejaba ver la carretera y el frío nos hizo buscar con qué protegernos. Papa estacionó en un parador, buscamos las chaquetas, tomamos agua de panela caliente con queso fresco y pan de maíz. En el mercado de La Loma habíamos comprado frutas y víveres para llevarles a los abuelos, pero yo insistí en que

a la abue ese queso le encantaría, así que les compramos dos para llevarles de regalo. Volvimos a la camioneta, y esta vez fue papá quien me sorprendió con la pregunta.

—¿Tú realmente quieres volver al pueblo? —me dijo.

18 —¿Cómo así, pa? —pregunté también, buscando su mirada.

—Estas vacaciones nos van a servir para saber si nuestro lugar es allá o si definitivamente Bogotá es nuestro espacio. Aquí nací, aquí naciste. Acá están nuestros amigos, la mayor parte de nuestra vida. Siempre has estudiado en el Santa Clara, allí están tus amiguitas.

—¿Por qué me dices eso, pa?

—Porque quiero que revisemos la situación, mi amor.

—¿Revisar cuál situación, papito? ¿No vamos a volver a La Loma?

—Nena, tenemos que tomar una decisión. Yo siento que poco a poco he ido superando el dolor por la muerte de tu madre, por la ausencia de Melina, por tantas cosas que pasaron, pero no quiero equivocarme. Quiero lo mejor para ti y no estoy seguro de si en La Loma está la vida que mereces.

19

Hubo un silencio. La confesión de mi papá me dejó sin una palabra para responderle. Recordé la conversación que habíamos tenido el día que la guerrilla se entró al pueblo y mis amigos y yo quedamos atrapados en medio de la calle. Esa noche papá estaba muy asustado y me lo dijo. Creía que había sido un error irnos a vivir tan lejos, apartarnos de la vida que llevábamos en Bogotá. Le asustaba que de nuevo hubiera otro hecho como el de esa tarde.

Permanecí en silencio, mirando por la ventana de la camioneta. Papá dijo algo y

no contesté. Pensaba en la escuela, en mis amigos, en la promesa que le había hecho a Fabián de estudiar juntos en Cuarto, con la profesora Cecilia.

—Isa...

—¿Señor?

20 —Te pregunté qué pensabas de lo que te dije.

No pude responderle. Sentí las lágrimas bajar por mi cara y no quise que papá me viera. Giré el cuerpo dándole la espalda y me arrunché envuelta en la chaqueta. Papá guardó silencio, avanzó por la carretera apenas visible y yo no pude evitar el llanto.

—No te pongas así —me pidió.

—La última vez que hablamos de esto me dijiste que La Loma era nuestra casa, ¿recuerdas?

—Sí, muñequita, pero...

—¿Recuerdas? —insistí aún entre lágrimas.